

# Capítulo 220 - Sendero Descendente - Cabrero: Causando Problemas en Dos Mundos

Milo sintió una sensación de alivio al entrar en los túneles ocultos. Por mucho que le gustara estar en el Tallo, echaba de menos explorar los rincones oscuros y los pasajes del mundo. La soledad no le molestaba en absoluto, y aunque estaba aprendiendo a convivir con las personas, todavía necesitaba su tiempo a solas. Sus amigos en el Tallo comprendían su necesidad de visitar nuevos lugares y descubrir. El consejo había insistido en que guardara su anillo y permaneciera como el Maestro de Scouts oficial. Bleusnout se acercó para explicarle: "El anillo no importa. Ahora tenemos anillos extras, y no uno, sino dos excelentes candidatos para hacer tu trabajo. Francamente, la mayoría de nosotros no podemos distinguir entre Ringtail y Tweedle y los consideramos como un solo individuo. Dejándote como su superior oficial, les da espacio para crecer. La responsabilidad puede parecer agobiante al principio, mientras intentas cumplir con tus propias ideas acerca de cómo se debe hacer el trabajo. Ve a explorar y diviértete. Puedes representar al Tallo en otros lugares. Traerás conocimientos y comerciarás con otras personas." Así, con un anillo de Scout en un dedo y el anillo del General en otro, se dirigió a la puerta oculta al final del pasadizo para satisfacer su curiosidad sobre la escalera misteriosa. Todo estaba igual a como lo había dejado; la puerta secreta permanecía firmemente cerrada. Al abrirla, descubrió las rudimentarias escaleras de piedra que bajaban en línea recta. No quería quedar atrapado del otro lado, así que bloqueó la puerta con una estaca de hierro y examinó el área al otro lado. Le tomó media campana encontrar el disparador oculto. Una pequeña grieta estaba llena de tierra compactada, pero, al despejarla, pudo ver el pequeño botón en su interior. Pensando en una trampa con aguja venenosa, decidió presionar el botón con un trozo de alambre rígido. La trampa funcionó, pero no era una aguja. Una fina lámina afilada y afilada salió disparada, cortando el alambre. Además, olió en el aire el aroma familiar de veneno hecho de hongos de Ojo-Rojo. El verdadero disparador estaba en un hueco en el costado de la grieta, al que podía acceder con el alambre. Tras descubrir cómo regresar al túnel, cerró la puerta cuidadosamente y descendió con precaución. Las escaleras, bien construidas, tenían una forma extraña. Seguían la pared exterior de la grieta que caía en la oscuridad. La apariencia espiral era una ilusión. Los astutos constructores ensanchaban las escaleras en algunos tramos, más que en otros. Mirando desde el borde exterior, se podía seguir la forma irregular de la grieta natural. Sin embargo, en el lado interno, las escaleras formaban una espiral perfecta en un espacio de cuatro pies de ancho. Milo no podía entender por qué los constructores de escaleras gastarían tiempo en hacerlas así, pero debió reconocer su destreza en la piedra. Esto no era obra

de enanos. Incluso solo mirando las escaleras de diferentes formas habría hecho que un albañil enano se arrancara el cabello de la frustración. A pesar de su aspecto, las escaleras eran resistentes. Milo fue prudente y probó cada peldaño, pero ninguno cedió. Descendió varias vueltas, bajando más de doscientos pies, hasta que llegó a un primer túnel lateral. Más arriba, había visto lugares donde alguien había cavado en la roca en varias ocasiones, aunque solo unos pocos pies. Este túnel medía cuatro pies de ancho y se extendía horizontalmente en el interior de la roca. Tuvo que encorvarse un poco para pasar, algo a lo que ya estaba acostumbrado. A cada cuarenta pies, surgía un túnel lateral a derecha e izquierda. Quienquiera que hubiera extraído la roca allí había movido mucho material en busca de algo. Encontró algunas evidencias de un mineral que valoraban y buscaba específicamente. En un túnel, pudo ver donde se había excavado un área para exponer un pequeño nódulo de mineral. Aún quedaba un pequeño fragmento adherido a la roca, un mineral plateado-blanco. Mientras exploraba los túneles, Milo palpó la roca en busca de bolsillos de mineral. Sospechaba haber visto esa mercancía antes. Había un pequeño trozo del mineral plateado, del tamaño de la última articulación de su dedo, en el cuerpo que encontró en la cima de las escaleras. Tras diez minutos de búsqueda y varias falsas alarmas, sintió algo. Con su pico en el duro mineral, logró sacar un pedazo del tamaño de un huevo. Vetallas blancas atravesaban el plateado brillante del mineral. Era mucho más duro que la roca que lo rodeaba. La identificación solo le indicó que era mineral de plata, pero no el uso ni su valor. Lo guardó en su bolso y continuó buscando durante media campana más antes de regresar al pozo de las escaleras y descender nuevamente.

Había más túneles cortos excavados en las paredes a intervalos regulares. ¿Minería de prueba en busca de minerales? Y luego otro largo pasadizo unos ciento cincuenta pies más abajo. La escalera continuaba. En ese lugar se había abierto una gran sala con un techo más alto. En ella había una pequeña mesa y una silla hechas de manera tosca, además de dos cofres de madera. La madera era vieja y débil, con pudrición seca, y se deshacía al tacto. Uno contenía solo una docena de escobas en descomposición y dos palas rotas, mientras que el otro estaba lleno de picos de hierro rotos y cinceles opacados. Todo ello, oxidado hasta formar una masa sólida. De esa sala surgían tres túneles. Por primera vez, notó lugares para sostener antorchas y el techo quemado por el fuego encima de esas áreas. Los mineros podían ver igual de bien en la oscuridad que él o tal vez habían traído su propia iluminación. Al avanzar sigilosamente por el complejo abandonado, llegó a muchas cavernas naturales. De ellas, se ramificaban túneles en varias direcciones, algunos de veinte y otros de hasta cien pies de longitud. Se construyeron escaleras de piedra para alcanzar partes del techo, que continuaban hacia arriba hasta cierto punto y luego se detenían. Las cavernas eran muy secas, con poca vida en su interior, excepto por una notable excepción. Escuchó el sonido de agua proveniente de un túnel y se dirigió hacia allá, llegando a un extraño oasis en medio de las oscuras minas. La pequeña caverna tenía solo unos cien pies de diámetro, con un techo en forma de cúpula. Varias cristales grandes y luminosos proveían luz, y en la zona crecían plantas. Un pequeño flujo de agua descendía por una pared y se acumulaba en una depresión contra la misma, formando un estanque de unos veinte pies de diámetro. Alguna vez alguien había vivido allí. Pedruscos planos formaban senderos entre campos cubiertos de vegetación y bordeados por rocas. Junto a un fogón y un horno de arcilla, había una pequeña cabaña de piedra, de apenas cuatro pies de altura. Dentro no había más que el nido de un animal muerto hace mucho tiempo, cuyas diminutas huesos se desintegraban en polvo. La cabaña era casi demasiado pequeña para que Milo entrara. Apenas medía ocho pies de ancho y tenía una pequeña puerta de solo dos pies de altura. Sin embargo, su construcción despertaba curiosidad. Lo

que inicialmente parecía muros de piedra enargolados, en realidad eran rocas fusionadas sin el uso de cemento, tal vez por magia terrestre. Los muros y el techo eran sólidos y resistirían siglos.

Una inspección exhaustiva de la caverna no reveló trampas ni peligros, solo más ejemplos del trabajo mágico en piedra. Los senderos de piedra rodeaban el estanque y atravesaban la vegetación. En un claro, encontró una mesa de piedra con dos bancos hechos del mismo material, diseñados para alguien bajito, de solo dos pies de altura. La superficie de la mesa tenía el aspecto de un tablero de ajedrez, con piedras oscuras y claras incrustadas en ella. Nada en la cueva representaba una amenaza; las criaturas más grandes eran los pocos peces que nadaban en el estanque y algunos caracoles grandes que se desplazaban lentamente entre las plantas, buscando su cena. Decidió que ese era un buen lugar para acampar y descansar tras horas de exploración. En lugar de dormir en la cabaña, sacó su pequeña tienda y su cama de la carga, junto con algo de comida y combustible para hacer fuego. Cuando todo estuvo listo, utilizó su Anillo del Ejército Suizo para invocar a su lagarto de la vigilancia, Georgie. El lagarto estiró las patas y bostezó, luego miró a Milo como si quisiese decir: "Ha pasado mucho tiempo, jefe. ¿Dónde has estado?" Milo le acarició debajo de la mandíbula y le compartió su comida en señal de disculpa. Georgie aceptó, luego empezó a examinar el entorno, inspeccionando ese nuevo dominio. Al ver una caracola, se acercó cuidadosamente por detrás, la atrapó, mordiendo la cabeza del molusco de seis pulgadas antes de devolverlo al campamento y dejarlo sobre el borde del pequeño fuego. Milo observaba con curiosidad. La caracola hervoraba mientras se cocinaba, y su concha se tornaba negra. Con una zarpada hábil, su lagarto la sacó del fuego y la rodó hacia el agua. Un siseo leve y un poco de vapor indicaron lo caliente que había quedado la concha. La comida se enfrió, y Georgie volvió junto a Milo, usando sus fuertes mandíbulas para abrir la concha y comenzar a comer. Milo olfateó dos veces, inhalando el aroma y decidiéndose a cazar caracoles él mismo. Caminando hacia el área junto al estanque, tomó uno grande. La reacción del caracol fue negativa: le echó un líquido punzante en la cara. Lo lanzó cerca de su campamento y se lavó el ácido débil en el estanque. Georgie se acercó por la parte trasera del caracol, le mordió la cabeza y volvió a comer. Milo colocó su caracol en el fuego. Georgie salió corriendo a buscar más, cazando y compartiendo su botín con ese pobre bípode que aún no aprendía que no hay que coger un caracol sin quitar antes la cabeza. El sabor del caracol asado era agradable, pero podía mejorar. Milo preparó su olla de fondue y fundió un poco de Gruyere. Caracol con salsa de queso; ¡eso sí fue una mejora notable! Georgie hizo una mueca cuando le ofreció un pedazo, prefiriendo que sus caracoles no tuviesen queso. A Milo no le importaba no tener que compartir su queso.

Cuanto más inspeccionaba la pequeña cueva, más ganas le daban de volver. La idea de que estuviera perdida en esa oscuridad le provocaba tristeza. Sacó un cuaderno y un bolígrafo y detalló su viaje, comenzando en el Hollow. Podía recordar todos sus giros y vueltas en la negrura, pero aquello sería difícil para alguien más, incluso con sus notas. Dibujó un mapa de su recorrido y una pequeña ilustración de la casita. Georgie miró su dibujo del caracol y no quedó impresionado. Cansado tras explorar túneles y cavernas sin fin, Milo se durmió confiado en su seguridad, con su valiente lagarto vigilando.

Milo no salió del juego al dormir. En cambio, se relajó lentamente y durmió tanto en el juego como en su cápsula, dándose un merecido descanso. Pasaron las horas y, finalmente, se despertó y se levantó, sintiéndose mucho mejor. Georgie corrió hacia él, ansioso por mostrarle unos media docena de caracoles gordos junto a la fogata. Milo encendió el fuego con las brasas de la noche

anterior y colocó los caracoles cerca del calor. Mientras se cocinaban, fue a la pequeña poza a lavarse. El agua era fría y refrescante; se sintió mejor tras quitarse el polvo y el sudor del día anterior. Flotando en el agua helada, notó una pequeña corriente. Podía ver el pequeño torrente de agua que bajaba por la pared hacia el estanque, pero ¿a dónde se dirigía?

La respuesta estaba a lo largo de la pared de roca, oculta por helechos que se aferraban a la piedra con sus raíces en el agua. Una reja metálica pequeña, de solo un pie cuadrado, estaba insertada en la pared de piedra. El agua sobrante entraba en ella, encaminándose a un lugar más bajode la zona. Milo intentó ver si había una cavernade más allá de la reja, pero el metal viejo estaba obstruido por barro y musgo. Lo limpió, observó las capas de óxido y la extrajo de su abertura. El metal oxidado se desmoronaba en los bordes, dejando que el agua fluyera con mayor libertad, arrastrando sedimentos acumulados durante años. Milo introdujo la cabeza en la abertura, pero solo vio un conducto estrecho que bajaba más profundamente. Sin embargo, al retirar la cabeza, se fijó en un brillo shinny sobre el suelo del conducto. Un nódulo de mineral de silicuro y plata yacía en el lodo, del tamaño de un puño. Cavó más y más, logrando sacar varios pepitas que iban desde el tamaño de su pulgar hasta un pedazo enorme que primero había extraído. Limpiaba las pequeñas joyas en la corriente de agua, acumulándolas en un balde grande. ¿Sería un escondite secreto de alguien o el trabajo de muchos mineros? ¿Y por qué todavía permanecía allí? Necesitaba profundizar en las cavernas para encontrar una respuesta. Sus pensamientos fueron interrumpidos por su lagarto de vigilancia jalándole de la cola. Siguiendo a Georgie de regreso a su campamento, encontró dos caracoles más, enfriándose sobre una roca. Los demás ya habían sido rotos y devorados. Le dio una palmada en la cabeza a Georgie y se sentó a comer. Después de unos minutos, descansado y satisfecho, se despidió de la pequeña cueva. Tendría que volver y mostrársela a otros. Ringtail y Tweedle, seguramente. Calculó que el camino por las minas y las escaleras le tomaría solo de 2 a 3 horas, si no exploraba en el camino. Con un trozo de tiza, marcó su ruta mientras retomaba sus pasos, dejando un rastro de indicios que lo guiaron hacia ese pequeño oasis. Pronto, volvió a la curiosa escalera y empezó a descender otra vez. En dos más, encontró niveles con una minería intensa. Como antes, los pozos seguían patrones en cuadrícula, salvo en los lugares donde se habían excavado túneles adicionales en las paredes. En cada complejo, primero había salas más grandes con mobiliario más robusto. ¿Mineros pequeños y supervisores mayores? Sostenía la teoría de que los túneles en cuadrícula estaban cavados por parcelas, y luego un minero con un sentido de piedra buscaba el mineral oculto en las paredes. En dos ocasiones, encontró túneles que seguían un camino aleatorio, como si siguieran una veta grande de mineral. Estos túneles eran lo suficientemente amplios para que un humano grande pudiera maniobrar en ellos. Las paredes habían sido rápidamente rajadas y no estaban cuadradas, a diferencia de los demás. El descenso por la escalera continuaba cada vez más profundo, hasta que llegó a una zona curiosa. Era una pequeña caverna bien iluminada con cristales, con escaleras en el centro y un gran pasaje que descendía en ángulo. La escalera seguía bajando hasta que entró en una enorme caverna, parcialmente iluminada por musgo fluorescente y cristales. Justo debajo, y que cubría las escaleras inferiores, había una gran montaña de piedra suelta. Las rocas y la tierra proveniente de las minas habían sido arrojadas a ese agujero central para caer al fondo. La pila de escobas y palas rotas, que había visto antes, tenía una explicación. Cuando las piedras caían, algunas aterrizaban sobre las escaleras. Solo una limpieza constante evitaría que fuera peligroso caminar allí. En su imaginación, vio ejércitos de pequeños mineros extrayendo la roca, otros transportándola a los pozos centrales y aún más barriendo las escaleras. Todo por una pequeña cantidad de mineral. Desde su posición en las escaleras en lo alto de la pila, Milo podía ver profundamente en la enorme cavidad. En cuatro lugares más, divisó escaleras que llegaban al

techo, cada una rodeada por montones de escombros. Contra la pared de la caverna, vio un camino que subía hasta desaparecer en un túnel. Siguiendo sus pasos en reversa, tomó el gran pasaje y lo siguió bajando hasta salir en la cavidad del camino. Quedaba aún media hora caminando hasta el fondo de la caverna, que parecía sumida en un crepúsculo eterno. Había hongos y setas en todas partes, además de helechos, hierba y pequeños árboles. caminos rocosos salían del fondo de la rampa en tres direcciones. Milo eligió el camino de la derecha y empezó a caminar por el borde, lo más silencioso y cauteloso posible. Solo escuchaba silencio.

---

Revision #1

Created 6 May 2026 17:30:17 by Charlie Brown

Updated 6 May 2026 17:30:20 by Charlie Brown